

www.elboomeran.com

LA VIDA DE UN HOMBRE INÚTIL

MAKSIM GORKI

TRADUCCIÓN DEL RUSO Y NOTAS
DE ENRIQUE MOYA CARRIÓN



I

Cuando Yevséi Klimkov tenía cuatro años, a su padre le disparó un inspector forestal, y al alcanzar la edad de siete años, murió su madre. Murió de repente, en el campo, durante la cosecha, y resultó ser un suceso tan inesperado que Yevséi ni siquiera se asustó al verla muerta.

Su tío Piotr, un herrero, posando la mano sobre la cabeza del muchacho, le dijo:

—¿Qué vamos a hacer?

Yevséi miró de soslayo hacia el rincón donde sobre un banco yacía su madre y respondió con serenidad:

—No lo sé...

El herrero se enjugó con la manga de la camisa el sudor del rostro, permaneció un buen rato en silencio y, a continuación, le dio un leve empujón a su sobrino.

—Ay de ti, viejecito...

Desde aquel día, empezaron a llamar al muchacho «el Viejecito». Y le iba bien: era pequeño de estatura para su edad, se movía con indolencia y hablaba con voz débil. En su rostro huesudo sobresalía lúgubrementemente una nariz picuda, sus ojos redondos e incoloros centelleaban tímidamente y su cabello ralo y amarillo le crecía a modo de cepillo. Los chicuelos de la escuela se reían de él y le pegaban: por alguna razón, su cara de lechuza exasperaba a los niños vigorosos y vivarachos. Él se mantenía apartado de ellos y hacía su vida en solitario, siempre en algún lugar umbrío, en los rincones, en los fosos. Desde allí contemplaba a la gente con sus redondos y apagados ojos, pasando desapercibido, acurrucado y temeroso. Cuando se le cansaban los ojos, los cerraba y se quedaba largo tiempo sentado a ciegas, balanceando levemente su cuerpo débil y ligero. Trataba también de pasar inadvertido para la familia de su tío, aunque allí resultaba complicado: debía comer y cenar con

todos los demás y, cuando estaba sentado a la mesa, el hijo menor de su tío, Yákov, gordo y lozano, procuraba por todos los medios meterse con él o hacerle reír, hacía gestos, sacaba la lengua, lo golpeaba con los pies por debajo de la mesa y lo pellizcaba. Aunque no conseguía que se riera, a menudo Yevséi se estremecía de dolor, su rostro amarillo se ensombrecía, sus ojos se le abrían de un modo exagerado y le temblaba la cuchara entre los dedos.

—¿Qué te pasa, Viejecito? —le preguntaba su tío Piotr.

—Es Yashka —aclaraba el muchacho sin inmutarse ni alterar el tono de voz.

Si su tío Piotr daba a Yashka un cogotazo o le tiraba del pelo, la tía Agafia, poniendo morritos, zumbaba enojada:

—Uh, uh, soplón...

Y después, Yashka salía a su encuentro en cualquier lugar y le pegaba una y otra vez durante un largo rato. Yevséi aceptaba la paliza como algo inevitable, quejarse de Yashka no resultaba ventajoso porque cuando el tío Piotr sacudía a su hijo, la tía Agafia se resarcía con creces de aquellas palizas pegando al sobrino, y ella le zurraba con más saña que Yashka. Por eso, cuando Yevséi veía que Yashka venía a zurrarle, el Viejo se arrojaba al suelo y, con entereza, como podía, hacía de su cuerpo un ovillo presionando las rodillas contra su vientre, se cubría la cara y la cabeza con las manos y ofrecía en silencio sus costados y su espalda a los puños de su primo. Y siempre sucedía que conforme más estoicamente soportaba la paliza, más se enardecía Yashka, quien, a veces, incluso acababa llorando y gritando mientras cubría de puntapiés el cuerpo de su primo:

—¡Ruge, maldita cochinilla!

En cierta ocasión, Yevséi se encontró una herradura y se la regaló a Yashka porque aquel, de todos modos, le habría despojado de su hallazgo. Enternecido por el regalo, Yashka le preguntó:

—¿Te hice daño la última vez que te pegué?

—Sí —respondió Yevséi.

Yashka se quedó pensativo, se rascó la cabeza y dijo:

—Bueno, no es nada: ¡pasará!

Él se marchó, pero aquella palabra despertó algo en el alma de Yevséi, que repitió a media voz y con esperanza:

—Pasará...

En cierta ocasión, vio cómo unas mujeres peregrinas frotaban sus pies cansados con ortigas, así que él también probó a frotarse con ellas sus costados maltratados por Yashka. Le dio la impresión de que la ortiga atenuaba considerablemente el dolor y desde aquel momento, después de las palizas, se trataba a fondo las zonas magulladas con las vellosas hojas de aquella perversa planta que nadie estimaba.

Le iba mal en los estudios porque llegaba a la escuela sobrepasado por su temor a las palizas y regresaba de allí colmado de ofensas. Su miedo a la vejación resultaba evidente y despertaba en todos un irrefrenable deseo de cubrir de puñetazos al Viejo.

Yevséi tenía voz de contralto, de modo que el maestro lo escogió para el coro de la iglesia. Debía pasar menos tiempo en casa pero, como contrapartida, se veía obligado a compartir más tiempo con los compañeros de escuela en los ensayos del coro, quienes tampoco ponían menos esmero que Yashka a la hora de sacudirle.

Le gustaba aquella vieja iglesia de madera en la que predominaban los rincones oscuros y siempre le entraban unas ganas espantosas de sumirse en su apacible y cálida quietud. Albergaba en secreto la esperanza de hallar en alguno de ellos algo insólito y bueno que lo abrazara, que lo estrechara con cariño y le contara alguna cosa, como antes hacía su madre. Los iconos estaban ennegrecidos a causa del hollín que durante tantos años se había ido depositando sobre ellos, y todos los rostros de los santos, buenos y rigurosos, le recordaban invariablemente la cara oscura y barbada de su tío Piotr.

No obstante, en el atrio de la iglesia había un cuadro que representaba cómo un santo pegaba al diablo después de haberlo atrapado. El santo era moreno, alto, nudoso y con los brazos largos, mientras que el diablo era un renacuajo rojito y enjuto que guardaba cierto parecido con un cabritillo. Al principio, Yevséi no miraba al diablo, incluso le entraban ganas de escupirle, pero pronto comenzó a sentir pena por el desdichado e infeliz diablillo, y cuando no había nadie alrededor, acariciaba ligeramente con su mano la jeta del sucio chivo, desencajada por el miedo y el dolor.

De ese modo, brotó por primera vez en el muchacho un sentimiento de piedad.

También le gustaba la iglesia porque en ella toda la gente, incluso los consabidos chillones y los alborotadores, se conducían con prudencia y docilidad.

Las voces fuertes asustaban a Yevséi, y por eso huía y se apartaba de las personas exaltadas y de sus gritos desde que, en cierta ocasión, un día de mercado, presenciara cómo unos campesinos habían comenzado a hablarse en un tono elevado, cómo después habían empezado a gritarse y a empujarse los unos a los otros hasta que uno de ellos había agarrado una estaca y, blandiéndola en el aire, había propinado a otro un golpe con ella. En ese instante, se escuchó un terrible aullido, un chillido, muchos salieron corriendo haciendo que el Viejo perdiera el equilibrio y acto seguido cayera de morros sobre un charco. Cuando se incorporó, vio que hacia él avanzaba, agitando las manos, un hombre enorme que en lugar de cara mostraba una deslumbrante y temblorosa mancha roja. Era tan espantoso que Yevséi comenzó a chillar y, de repente, se derrumbó justo sobre un negro socavón. Fue preciso rociarlo con agua para que recobrará el sentido.

También temía a los borrachos: su madre le había dicho que el demonio se alojaba en las personas ebrias. El Viejo tenía la sensación de que el demonio pinchaba como un erizo

y que era viscoso al igual que una rana, rojizo y con los ojos verdes. Que trepaba hasta el vientre de un hombre, le hacía allí cosquillas y que esa era la razón por la que los hombres se enrabietaban.

Había en la iglesia muchas más cosas buenas. Además de su paz, su quietud y su acogedora oscuridad, a Yevséi le gustaba el canto. Cuando cantaba sin seguir las notas, cerraba con fuerza los ojos y, dejando escapar su propia voz con el chorro de las demás voces para que no pudiera distinguirse, se escondía con deleite en algún lugar de su interior, como en un dulce sueño. Y en ese estado de ensueño siempre experimentaba la sensación de que se alejaba navegando de aquella vida para aproximarse a otra, más afectuosa y pacífica.

Surgió en su interior un sueño que en una ocasión le explicó a su tío con estas palabras:

—¿Y es posible vivir de un modo tal que a todas partes fuera y todo lo viera sin que a mí nadie me viese?

—¿Un hombre invisible? —preguntó el herrero.

Y tras pensarlo un instante, respondió:

—Siento decirte que es imposible.

Desde el momento en que toda la aldea empezó a llamar a Yevséi el Viejo, su tío Piotr comenzó a llamarlo huérfano. Hombre peculiar en todo, el herrero no resultaba temible ni siquiera cuando estaba borracho, simplemente se quitaba el gorro, deambulaba por la calle haciendo eses, entonaba algunas canciones con una voz alta y melancólica, sonreía, balanceaba la cabeza y sus lágrimas le brotaban de los ojos con más abundancia que cuando estaba sobrio. A Yevséi le parecía que su tío era el hombre más inteligente y bueno de la aldea y que con él podía hablar de cualquier cosa: sonriendo con frecuencia —casi nunca se reía—, hablaba sin prisas, queda y seriamente. A veces, en la forja parecía hablar consigo mismo, olvidándose de su sobrino o sin reparar en su presencia: a Yev-

séi aquello le gustaba especialmente. En sus prédicas siempre discutía con alguien a quien exhortaba de algún modo.

—¡Tú! —refunfuñaba sin enojarse y sin elevar la voz—, ¡maldita e insaciable boca de perro! ¿Es que no estoy trabajando? Fíjate, se me secan los ojos, pronto me quedaré ciego: ¿qué más necesito? Tú, requetemaldita y pesada vida de condena, no nos proporcionas belleza ni alegría...

Parecía que su padrino estuviera componiendo canciones, y a Yevséi le daba la impresión de que el herrero podía ver a aquel con quien hablaba. Una vez, le preguntó:

—¿Con quién hablas?

—¿Que con quién hablo? —repitió el herrero sin mirarlo para luego, sonriendo, responder—: Con la estupidez hablo...

Sin embargo, rara vez lograba conversar con el padrino, en la herrería siempre había alguien extraño y, a menudo, andaba dando vueltas por allí como una peonza el rollizo Yashka, sofocando los golpes del martillo y el crepitar de los carbones en la fragua con sus sonoros gritos: en presencia de Yashka, Yevséi no se atrevía a mirar a su tío.

La herrería estaba al borde de un barranco poco profundo en cuyo fondo, entre los arbustos de la salceda, Yevséi pasaba todo su tiempo libre, tanto en primavera como en verano y otoño. En el barranco reinaba la paz, al igual que en la iglesia, trisaban los pájaros y zumbaban las abejas y los abejorros. El muchacho se sentaba allí y se balanceaba mientras, cerrando con fuerza los ojos, pensaba en alguna cosa o vagaba por entre los arbustos atento a los ruidos de la forja hasta que sentía que el tío se había quedado solo allí y subía a verlo.

—¿Qué, huérfano? —lo recibía el herrero, entornando los ojos humedecidos por las lágrimas.

En cierta ocasión, Yevséi preguntó al herrero:

—¿Mora en la iglesia alguna fuerza impura durante la noche?

Tras reflexionar un instante, el herrero contestó:

—¿Por qué iba a morar? Podría pasar por cualquier sitio, para ella es fácil...

El muchacho se encogió de hombros y con sus redondos ojos escrutó los oscuros rincones de la herrería.

—¡Pero no tengas miedo de los demonios! —le aconsejó el tío.

Yevséi suspiró y respondió en voz baja:

—No les tengo miedo...

—¡No te harán ningún daño! —aclaró con seguridad el herrero mientras se enjugaba los ojos con sus negros dedos. Entonces, Yevséi le preguntó:

—¿Y qué pasa con Dios?

—¿Qué pasa con Él?

—¿Por qué Dios admite a los diablos en la iglesia?

—¿Qué más le da? Dios no es guardián de las iglesias...

—¿No vive allí?

—¿Dios? ¡Qué le va en esto! Él, huérfano, encuentra su lugar en todas partes. La iglesia es para las personas...

—¿Y las personas para qué son necesarias?

—Pues las personas, ellas, es decir... ¡en general, para todo! No podrías pasar sin personas, hum, eso es...

—¿Y son para Dios?

El herrero miró de reojo a su sobrino sin responderle de forma inmediata:

—Claro...

Se frotó las manos sobre el delantal y, dirigiendo su mirada hacia el fuego de la fragua, comenzó a decir:

—Yo no sé de esos asuntos, huérfano... Deberías preguntar al maestro. Y si no, al pope...

Yevséi se secó la nariz con la manga de la camisa una vez le hubo contestado:

—Me dan miedo...

—¡Mejor sería que no hablaras de ello! —le aconsejó seriamente el tío Piotr—. Eres pequeño. Pasea, ponte fuerte...

Hay que estar robusto para llevar una vida sana. Si no estás fuerte, no puedes trabajar y, así, en modo alguno es posible vivir. Fíjate, esta es toda nuestra sabiduría... Y lo que Dios necesita, para nosotros es un misterio.

Tras permanecer un instante en silencio, se quedó pensativo sin apartar los ojos del fuego y, sin más dilación, prosiguió en tono serio y entrecortado:

—¡Por una parte, no sé nada y, por otra, no lo comprendo! «Todas las cosas las has creado con sabiduría»¹, dicen.

Echó una mirada por la herrería y, tras descubrir al muchacho en un rincón, dijo:

—¿Por qué te acurrucas ahí? Venga, ya te lo he dicho, ve a pasear...

Y cuando Yevséi hubo salido temerosamente, el herrero añadió:

—Se te va a meter una chispa en un ojo, te quedarás tuerto. ¿Y quién precisa a un tuerto?

En vida, su madre le había contado algunos cuentos a Yevséi. Se los contaba durante las noches de invierno, cuando la ventisca, azotando las paredes de la isba, corría por el techo y todo lo palpaba, como si anduviese en busca de algo, se metía por la chimenea y aullaba allí lastimeramente con diferentes voces. Su madre recitaba los cuentos con una voz plácida y soñolienta que se le quebraba y embrollaba y, a menudo, repetía muchas veces la misma palabra: al muchacho le parecía que ella era capaz de ver todo sobre lo que hablaba o, al menos, vislumbrarlo.

Las conversaciones del tío Piotr hacían que Yevséi recordara los cuentos maternos. El herrero, al parecer, también veía en el fuego de la fragua tanto a los demonios como a Dios, así como toda la terrible vida de los hombres; de ahí que llorase constantemente. Yevséi escuchaba sus discursos, los recordaba con facilidad, sumían su corazón en un siniestro palpito de

1 *Salmo 104, 24.*

expectación en el que, cada vez con más fuerza, arraigaba la esperanza de que en algún momento vería algo diferente a la vida de la aldea, a los campesinos borrachos, a las malas mujeres y a los chicuelos chillones, algo tan cariñoso y serio como un oficio religioso.

Unos vecinos del herrero tenían una muchachita ciega, Tania. Yevséi trabó amistad con ella, la llevaba de paseo por la aldea, la ayudaba a bajar con cuidado el barranco y, en voz baja, le contaba alguna cosa que otra abriendo tímidamente sus acuosos ojos. Aquella amistad fue advertida en la aldea y todos se alegraron pero, en cierta ocasión, la madre de la ciega se presentó en casa del tío Piotr con una queja, y alegó que Yevséi había asustado a Tania con sus conversaciones y que, desde entonces, la muchacha no era capaz de quedarse sola, que lloraba y que había empezado a dormir mal, que sufría de agitados sueños, se sobresaltaba y gritaba.

—Es imposible comprender lo que él le ha dicho, aunque se pasa todo el tiempo balbuceando cosas sobre los demonios, que si el cielo es negro, con agujeros, y que a través de los agujeros se ve un fuego, que los demonios dan la vuelta a su alrededor y que se burlan de las personas. ¿Es acaso normal que un muchachito ande diciendo esas cosas?

—¡Ven aquí! —llamó el tío Piotr a su sobrino.

Y cuando Yevséi se aproximó sigilosamente desde un rincón, dejando caer su pesada y amarillenta mano sobre la cabeza del muchacho, le preguntó:

—¿Has dicho esas cosas?

—Sí.

—¿Por qué?

—No lo sé...

El herrero, sin retirar la mano, empujó la cabeza del muchacho y, mirándolo a los ojos, dijo con seriedad:

—¿Es que es negro el cielo?

Yevséi musitó bajito:

—¿Cómo va a ser, si no lo ve?

—¿Quién?

—Tañka...

—¡Ya! —dijo el herrero y, tras reflexionar un instante, preguntó—: ¿Y es negro el fuego? ¿Por qué te inventaste eso?

El muchacho guardó silencio tras bajar la mirada.

—¡Bueno, di, sea lo que sea no te voy a pegar! ¿Por qué le sueltas esas cosas, eh?

—Siento pena por ella —respondió Yevséi en voz baja. El herrero lo apartó a un lado con sutileza y dijo:

—No puedes charlar más con ella, ¿has oído? Nunca. ¡Tú, tía Praskovia, estate tranquila! Acabaremos con esta amistad.

—¡Habría que darle una tunda! —aconsejó la madre de la ciega—. La muchachita vivía tranquilamente, no molestaba a nadie y ahora no podemos separarnos de ella...

Cuando Praskovia se hubo marchado, el herrero cogió en silencio a Yevséi de la mano, lo sacó al patio y allí le preguntó:

—Ahora, dime con claridad: ¿por qué asustabas a la muchachita?

La voz del tío sonaba tenue, pero rigurosa. Yevséi se acobardó y enseguida empezó a justificarse, tartamudeando:

—No la estaba asustando, solo es que andaba quejándose de todo: yo, decía ella, tan solo veo negro y, sin embargo, tú todo... Empecé entonces a decirle que todo era negro para que no sintiera envidia... No la estaba asustando en absoluto...

Sollozó, sintiéndose ofendido. El tío Piotr se echó a reír sin levantar la voz.

—¡Tonto! Deberías haberte dado cuenta de que solo hace tres años que perdió la vista, que no nació ciega, fue como consecuencia de la viruela. Es decir, que ella se acuerda de los colores. ¡Qué tonto eres!

—¡Yo no soy idiota: ella me creyó! —objetó Yevséi secándose los ojos.

—Bueno, de acuerdo. Pero no te pasees con ella... ¿Oyes?

—No lo haré...

—¡Y por qué lloras, no pasa nada! Pero que crean que te he pegado.

El herrero dio un empujoncillo a Yevséi en el hombro y, sonriendo, añadió:

—Somos unos granujillas...

Entonces, el muchacho recostó la cabeza contra su costado al tiempo que preguntaba con trémula voz:

—¿Por qué todos se meten conmigo?

—¡No lo sé, huérfano! —respondió el tío después de reflexionar un instante.

Las ofensas empezaron a proporcionar al muchacho un amargo placer en el que fue madurando con vaguedad la convicción de que él no era como los demás y que por eso se metían con él.

La aldea se alzaba sobre un cerrillo. Al otro lado del río se extendía un pantano cenagoso. En verano, después de los días calurosos, se levantaba una niebla liliácea y sofocante desde los cenagales, mientras desde detrás de un pequeño bosque ascendía hasta el cielo una luna roja. El pantano insuflaba a la aldea su putrefacto aliento, lanzaba contra la gente nubes de mosquitos, el aire se quejaba y lloraba ante la ávida agitación y el canto melancólico de los insectos, mientras la gente, enfadada y quejumbrosa, se rascaba hasta hacerse sangre.

Por las noches vagaban por el pantano unos temblorosos fuegos azules de los que se decía que eran las almas sin cobijo de los pecadores. Los aldeanos, compadeciéndolas, suspiraba con desconsuelo y, sin embargo, no sentían compasión alguna los unos de los otros.

Pese a ello, también eran capaces de vivir en armonía y con alegría. Una vez, Yevséi fue testigo de ello.

En casa de Vereténnikov, un campesino rico, se incendió una noche la mostelera. El muchacho salió corriendo a la

huerta, trepó a una salguera y desde allí se dispuso a contemplar el incendio.

Tenía la sensación de que en el cielo se retorció el cuerpo flexible y de numerosas alas de un terrible pájaro de color negro como el humo y pico de fuego. Tras inclinar su brillante cabeza roja, el pájaro picoteaba ávidamente la paja con sus afilados dientes de fuego mientras roía la madera. Su cuerpo humeante, jugando, se enredaba en el cielo negro, caía sobre la aldea, se arrastraba sobre los tejados de las isbas y, de nuevo, se alzaba suntuoso y ligero hacia el cielo sin separar su ardiente cabeza roja de la tierra y abriendo cada vez más su furioso pico.

Al lado del fuego, todos parecían haberse convertido en muchachitos negros. Lo salpicaban con agua, encaraban cada llama con unas largas pértigas para arrancar de sus fauces las ardientes gavillas, las pisoteaban con sus pies al tiempo que tosían, resoplaban y estornudaban sofocados entre el denso humo. Gritaban y aullaban mientras dejaban escapar sus voces entre el silbido y el bramido del fuego, pero cada vez se aproximaban más a él, cercandole la roja cabeza con un anillo negro y vivo, como si fueran apretando un nudo sobre su garganta. El nudo se rompía aquí y allá, lo hacían de nuevo y lo apretaban cada vez con más fuerza, cada vez más ceñido. El fuego se agitaba con ferocidad, saltaba, su cuerpo engordaba y se hinchaba, retorciéndose como una serpiente, mientras trataba de apartar su cabeza, sujeta por los hombros, de la tierra hasta que, desfallecido, se rindió y cayó taciturno sobre las mosteleras vecinas, se arrastró por las huertas y se esfumó, fragmentado y débil.

—¡Con más ímpetu! —gritaba la gente, animándose los unos a los otros.

—¡Agua! —resonaban las voces de las mujeres.

Las mujeres habían construido una cadena desde el fuego hasta el río, todas juntas, extrañas y parientes, amigas y

enemigas, haciendo pasar sin tregua por entre sus manos los cubos de agua.

—¡Rápido, señoras! ¡Queridas, rápido!

Resultaba agradable y alegre contemplar aquellas abnegadas vidas unidas en su lucha contra el fuego. Todos se animaban y se alababan por su pericia y su fuerza, blasfemaban cariñosamente, sus gritos carecían de rencor: daba la sensación de que durante el incendio todos se veían magnánimos y todos y cada uno de ellos se transformaba en un ser capaz de agradar a su semejante. Y cuando por fin derrotaron al fuego, estallaron de alegría. Se dispusieron a cantar canciones, se echaron a reír, comenzaron a alabarse los unos a los otros por su trabajo, empezaron a bromear, los de edad avanzada se procuraron vodka y bebieron un poco por el cansancio, pero la juventud anduvo por las calles casi hasta la mañana y todo rebosaba bondad, como en un sueño.

Yevséi no escuchó ni un solo grito malintencionado, no vislumbró ni un solo rostro enojado. Durante todo el tiempo que duró el incendio, nadie lloró por el dolor o la ofensa, nadie dejó escapar el bramido bestial de esa salvaje cólera tan pre-dispuesta al asesinato.

Al día siguiente, le dijo a su tío Piotr:

—Qué maravilloso fue lo de ayer...

—¡Hum, sí, huérfano, maravilloso! Un poco más y el fuego habría devorado la mitad de la aldea.

—¡Me refiero a la gente! —aclaró el muchacho—. A cómo se entregaron en comunión. ¡Fíjate, si siempre estuviese ardiendo algo, siempre se comportarían así!

El herrero se quedó pensativo y preguntó con sorpresa:

—Es decir, ¿que resulta que siempre debería haber incendios?

Y, dirigiendo una rigurosa mirada a Yevséi, dijo al tiempo que lo amenazaba con el dedo:

—¡Tú, jefe, ten cuidado, no imagines aquello que conduce al pecado! ¡Vaya contigo, ahora los incendios te resultan agradables!